

Carlos Murciano:

# Las sombras en la poesía de Federico García Lorca

Carlos Murciano. 1931. Poeta español, de los más renombrados de la escritura castellana contemporánea. Autor de cuando menos ochenta libros galardonados en su país y fuera de él con significativos premios.

En octubre pasado, el notable vate estuvo en Bolivia, invitado por la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Municipio de Santa Cruz y por el VIII Festival Internacional de la Cultura, en Sucre, y cumplió inusitada actividad luciendo su enorme sapiencia poética.

En la ciudad de Sucre, en el marco del Festival y el auspicio de la prestigiosa Fundación Cultural «LA PLATA», el poeta español dictó su memorable conferencia titulada: Las Sombras en la poesía de Federico García Lorca, donde trasunta con galanura y acabado conocimiento un aspecto emblemático de la poesía del granadino García Lorca.

El Duende, primordialmente, tiene el privilegio de publicar el contenido de la conferencia. Su entrega al lector se hará en 5 partes.



Federico García Lorca

## (PRIMERA DE 5 PARTES)

Fue un poeta español, Manuel Altolaguirre, quien escribió, hace ya muchos años, este verso: «Yo y mi sombra, libro abierto». Feliz metáfora. Porque, en efecto, cuerpo y sombra fingían dos páginas extrañas y dispares de un libro más extraño y dispar aún. Una y otra tienen caracteres distintos, signos de un idioma remoto, tan antiguo como el sol y la tierra. Descifrarlos es misión del hombre. Misión fácil si es artista, sobre todo, si es poeta. Ahora bien, el poeta, con frecuencia, sólo pone sus ojos sobre una de estas páginas: la que tiene volumen y se puede palpar y medir, e incluso, si el ojo es insuficiente, acariciar con el índice, letra a letra, como el ciego lee y descifra. Para muchos, con esto basta. Ha brotado el poema, prieto y real empapado de materia hasta su raíz más honda. Pero poesía es también misterio. Y éste ha de buscarlos el poeta en la otra página, en la impalpable, en la que aguarda y guarda en sombras su mensaje, en la que surge reveladora, al pulsar el poeta esa «quinta cuerda» que descubriera Juan Ramón: la cuerda morada, la de las iniciaciones y las pesadillas, «el hilo divino que cae del lado de la sombra». Y el poeta que lo es de verdad no se olvida de ella; y lentamente, pero sin esfuerzo, porque posee la mágica llave de la gracia, abre la químérica puerta y levanta esa «arquitectura del humo» tan hermosa y, si se quiere, tan precisa. Humo con el que no rodea la luz, sino a través del cual la busca, consiguiendo «el maravilloso milagro poético» de que nos hablara Horacio.

## FEDERICO, ANTE LA OSCURA PAGINA

Federico García Lorca, poeta de verdad, se acerca a esa puerta con sencillez, llevado de su gran intuición lírica, y la traspasa porque sabe que ha de hacerlo:

*«porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja,  
pero sí un pulso herido que sonda las cosas del otro lado».*

Y lo hace desde sus primeros versos:

*«Tema lejano de mi sombra,*

*«sin rayo de oro!»*

(«Noviembre». Libro de Poemas)

Vicente Aleixandre ha escrito que «quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron».

El le había contemplado en la alta madrugada, «entre sombras humanas», regresar del país de la alegría y fluir «oscuro como un río ancho». Con esta opinión parece coincidir plenamente Ángel del Río cuando habla de «la parte luminosa de su carácter» y de «una parte de sombra que, en sus relaciones humanas, probablemente sólo mostraba ante aquellos que le conocían intimamente».

Aleixandre ha sido también quien le ha llamado «dueño de las sombras», dominio que a mí entender no nace sólo del hecho de que fuera capaz de desterrarlas con su presencia, sino de hacerlas venir, conjurándolas con su inspiración mediúnica. Vero dueño y señor, porque era capaz también de amarlas, de hablarles con voz amiga («dulce como las sombras de la noche», diría en el «Canto de la miel»).

Federico se coloca, pues, ante la oscura página y lee Pero el secreto que ésta encierra no es único, sino múltiple. Cada hombre, cada poeta que a él se acerque lo traducirá de una forma distinta. Veamos cómo él lo hace.

## EL TERCER MUNDO. CONTACTO DIRECTO

Guillermo Díaz-Plaza ha hablado de un «tercer mundo», quizás el más trascendente dentro de la poesía de García Lorca: «el mundo del misterio, de lo soñado, de lo entre visto». Dentro de él ha de encuadrarse este aspecto de la poética lorquiana que ahora me ocupa, sus tres divisiones: la sombra de lo irreal, mejor dicho, de lo que no la tiene o difícilmente la muestra; la sombra-proyección de un cuerpo (animal o vegetal) al impacto de la luz y la sombra propiamente dicha, esto es, la no-luz.

Mas, antes de analizar estos tres apartados en los que se encaja todo el sombrío bagaje de García Lorca, conviene observar cómo el poeta toma contacto de una manera directa, personal, con las sombras. Como la tarde de sus «Cantos nuevos», parece exclamationar: «*Tengo sed de sombra!*». Y a través de sus poemas vaise viendo cómo ésta, indistintamente, le toca, le habita el corazón o el pecho, llega a aterrarse con su presencia triste. Así, en Canciones («Desposorio»), apunta veladamente, como en voz baja:

*«La sombra apoya sus dedos*

*sobre mi espalda.»*

Y antes

*«Mi corazón  
se llena de agua  
con pececillos  
de sombra y plata*

(«Caracola». Canciones)

*Yo mientras tanto pongo  
en mi pecho sombrío  
una feria sin músicas  
con las tiendas de sombra.*

(«La luna y la muerte». Libro de poemas)

Luego es el viento el que va trayendo a las sombras. Llueve. Es un viento cobrizo que derriba cuanto toca y penetra en los huesos como un alado silbo? Y el poeta llega a sentir miedo: pero, como su «Manantial» - «luchando bajo el peso de la sombra» - , canta; y pretende compartir su miedo con el árbol, el insecto, la montaña...

*«El terror de las sombras no lo sienten  
las piedras y las plantas?».*

Esta pregunta se la responderá él mismo mucho después, en uno de los Sonetos del amor oscuro, «Soneto de la carta», titulado en otra versión «El poeta pide a su amor que le escriba», en cuyo segundo cuarteto leemos:

*«El aire es inmortal, la piedra inerte  
ni conocer la sombra ni la evita».*

También es en el Libro de Poemas - con Canciones, en el que más obsesivamente se repite el tema - donde por primera y única vez la propia sombra del poeta toma cuerpo y voz:

*El abuelo me habló  
y me dijo*

*-Ese es tu camino*

*¡Es ésel, gritó mi sombra  
disfrazada de mendigo*

(Sueño) (continuará)

